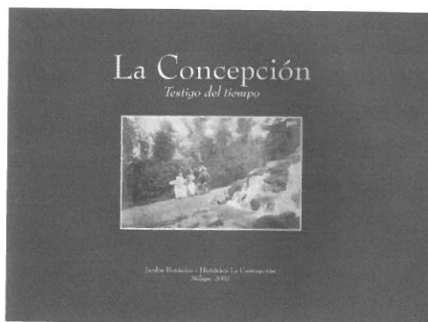


- *La Concepción. Testigo del tiempo.* Textos: Francisco García Gómez. Fotografías: Legado Silvela, Archivo del Jardín Botánico-Histórico La Concepción, Asociación de Amigos del Jardín Botánico-Histórico La Concepción, Eduardo Grund y Victoria Abón. Málaga, Jardín Botánico-Histórico La Concepción/Arguval, 2004

*Belén Ruíz Garrido*

Hay libros con magia. Me refiero a esa suerte de hechizo que permite, a través de la lectura y la contemplación, viajar con la imaginación, sin moverse de casa, curiosear en un pasado, más o menos lejano, e incluso, para los más osados, experimentar otras vidas. *La Concepción. Testigo del tiempo* es uno de ellos.

La que fuera hacienda de recreo privada, escenario natural y recreado de historias y vivencias privilegiadas, ha llegado a nuestros días, afortunadamente, accesible al disfrute público como Jardín Botánico-Histórico. No obstante, quedaba una deuda pendiente con esta joya del patrimonio malagueño, relativamente desconocido a pesar de su significación (fue declarado Jardín Histórico-Artístico en 1943) y la labor institucional llevada a cabo para su puesta en valor, desde su apertura en 1994. Completar esta tarea debe ser uno de los objetivos primordiales de cualquier organismo que ostente la tutela de un bien patrimonial, misión que se consigue a través del fomento y patrocinio de un riguroso trabajo de documentación, investigación y difusión. Aunque, también es cierto que, en muchas



ocasiones, se necesita de algún hecho puntual que sirva de estímulo definitivo para pasar a la acción. En el caso que nos ocupa, este papel lo cumple la donación al Patronato Botánico Municipal, en 2002, de una importante colección fotográfica de la finca y sus primeros propietarios, por parte de Jorge Silvela, descendiente de la familia Loring-Heredia. Este legado viene a sumarse a otros dos conjuntos de imágenes adquiridas en distintos momentos: un primer grupo formado por reproducciones de la colección de Paz Careaga Echevarría, ilustrador del segundo gran periodo en la historia de la hacienda, ya en manos de la familia Echevarría-Echevarrieta desde 1911, y la serie de fotografías reunidas por la propia Asociación de Amigos de La Concepción, mediante compras o donaciones, con la inestimable ayuda económica de la entidad Cajamar. La implicación y el esfuerzo conjuntos de estos organismos y particulares se han visto felizmente recompensados.

Con este importante material gráfico en las manos, de incuestionable valor histórico y estético, era el momento de dar un paso más en la consecución de las premisas anteriormente expuestas. Una exposición, celebrada en 2003 en las salas malagueñas de Cajamar, muestra una selección de estas imágenes, fechadas entre los años 80 del siglo XIX y

la primera mitad del XX; y junto a ellas, entablando un sugerente diálogo visual y cronológico, el trabajo de los fotógrafos Eduardo Grund y Victoria Abón, magníficas fotografías actuales de aquellos rincones de la hacienda ya captados, en ese tiempo pasado, por unos anónimos y aficionados homólogos. La programación se completa con la publicación que comentamos, de la que contamos con una primera edición conmemorativa y protocolaria, coetánea a la muestra, y una segunda, en 2004, ya destinada a la venta.

Pero *La Concepción. Testigo del tiempo* no es un catálogo al uso, aunque, de hecho, viene a solventar las consecuencias derivadas del carácter efímero de toda muestra mediante la ordenación, análisis y reproducción de las piezas expuestas. Además de desempeñar esta función, valiosa e imprescindible, *La Concepción. Testigo del tiempo* emprende el estudio de la hacienda y su significación (y con ella de sus propietarios, moradores y construcciones), en toda su dimensión histórica, social y artística. En este sentido, resultaría difícil clasificarlo porque, de algún modo, lo estaríamos encasillando, si bien sería más ajustado destacar las múltiples facetas de esta monografía-catálogo.

Su perfil complejo y rico viene dado por la propia naturaleza del trabajo, entendido como un proyecto coral. Las colecciones gráficas, las nuevas fotografías ya mencionadas, el estudio y la redacción de los textos a cargo de Francisco García Gómez y el diseño y maquetación de todo este material, se conjugan para perfilar ese carácter distintivo. Esto hace que las imágenes no se conviertan en una suerte de excusa para promover un estudio más extenso, o en una ilustración de lo escrito, ni tampoco el texto actúe como simple acompañamiento o

anotación al margen. Ambos elementos mantienen su propio peso específico, una autonomía que, sin embargo, no les impide interrelacionarse. Lograda metáfora, no sabemos si consciente, de lo que significa perderse en este paraíso terrenal o, como lo llama el autor, *Paraíso perdido*.

Esta particularidad no hubiera sido posible sin la ambición con que el profesor García Gómez ha abordado el trabajo. La variedad y solidez de su experiencia investigadora y docente (arquitectura malagueña del siglo XIX, profesor de historia del cine, pintura de paisaje o arte del siglo XIX, entre otras materias), así como la dedicación entusiasta a sus aficiones (inquieto lector y apasionado del séptimo arte, también entre otras cosas), le permiten tratar el material con amplitud de miras, abarcando sus múltiples facetas y, de este modo, brindarnos la posibilidad de acceder al libro a través de diversos caminos. El proceso de recopilación y actualización bibliográfica, el análisis de las fuentes documentales y el estudio de las colecciones fotográficas, aportan la rigurosidad deseable en toda investigación exhaustiva, conjugado todo ello con un estilo narrativo lleno de sutileza, amenidad y guiños sugerentes. El autor ha sabido hacer confluír de manera eficaz y atractiva unos senderos dispares, como múltiples dimensiones de disfrute y conocimiento ofrece el Jardín.

La cuidada labor de diseño y maquetación contribuye, igualmente, a potenciar esta multiplicidad de direcciones. La integración de letra impresa e imagen en la misma página, o la alternancia de los mismos con la composición de fotografías en página completa, ofrecen la posibilidad de mirar, únicamente, o adentrarse en la lectura desde dos niveles de acceso: los extensos y sugestivos pies de fotos, redactados también por el profesor

García Gómez, y el texto propiamente dicho. Por su parte, la combinación sobria de los sepias, blancos y negros de las reproducciones antiguas con los exuberantes toques de color de las fotografías de Grund y Abón, contrastadas en algunas partes del libro, nos invita a una recurrente oscilación entre el pasado y el presente, de forma pausada, natural, sin sobresaltos. El recuerdo de lo que un día fue, ya añejo para nuestros ojos y nuestra memoria, revive en la frescura de lo que aún hoy podemos disfrutar.

Ese hilo de Ariadna por el que transitamos viene a coincidir con la secuencia argumental que fluye entre las páginas, desde lo general a lo concreto. El jardín como creación, la Málaga industrial y sus protagonistas, la familia Loring-Heredia, especialmente la excepcional Amalia, la hacienda propiamente dicha (sus caracteres paisajísticos, las construcciones, la vida social) y las colecciones fotográficas, constituyen los grandes bloques de análisis, sin que aparezcan rígidamente formalizados en el texto como capítulos; la anotación final y una completa selección bibliográfica cierran un recorrido en el que, no obstante, echamos en falta un prólogo o introducción. De este modo la historia particular de La Concepción, ilustrada a través del amplio arco cronológico que abarcan las instantáneas, se integra y relaciona con un contexto mayor que ayuda a descifrar y calibrar su verdadera significación histórica, biológica y artística.

*Testigo del tiempo, Sombras en su paraíso* no son sólo sugerentes subtítulos que el historiador utiliza en clave poética como reclamo para atraparnos; también son auténticas metáforas de la riqueza visual y de contenidos del trabajo: el paso del tiempo, el valor de los recuerdos, el importante papel de las fotografías como documentos, testigos

de la historia, ilustradoras de un pasado que se hace presente y se proyecta al futuro mediante su puesta en valor y su estudio; y sombras, las proyectadas por los frondosos árboles de este exótico jardín paisajístico, y también las de las personas que un día posaron ante unos improvisados "reporteros" para inmortalizar sus vivencias, sombras que hoy pueblan como espectros los rincones de la Hacienda.

Precisamente por el Edén empieza la historia del mundo. García Gómez inicia este recorrido por los senderos del Paraíso terrenal descrito en el Génesis, cuya pérdida provoca la nostalgia de lo que irremediablemente no vuelve jamás, y el ansia de una búsqueda infructuosa apenas saciada a través de la recreación o el invento. Y entre éstos, el pariente más cercano, y accesible: el jardín, estímulo para los sentidos y para la creación, la primera experiencia de obra de arte total, el artificio más parecido a la naturaleza. Con la travesía por las culturas y civilizaciones que hicieron del jardín un *sucedáneo edénico*, en sus diferentes vertientes (privado o público, de dimensiones domésticas, conventuales o palaciegas), desembarcamos en el siglo XIX, escenario temporal de la re-creación de La Concepción.

Vicente Aleixandre y sus referencias poéticas a Málaga como *Ciudad del Paraíso* sirven a continuación como punto de partida para reflexionar sobre la autenticidad de unas supuestas cualidades convertidas en tópicos, particularmente por los viajeros románticos. El buen clima, la gente acogedora, la vida de fiesta, constituían únicamente medias verdades, resultado del anhelo de unas visiones condicionadas. Porque la vida malagueña, desde la incipiente industrialización en el ocaso del siglo ilustrado y durante la centuria decimonónica, y a

pesar de la evidente prosperidad económica y cultural, más que del Paraíso debió estar, para las clases trabajadoras, cerca del Infierno, *un ámbito metafísico* —como certeramente afirma el autor— *que para muchos se sitúa sólo en la Tierra*. Y aunque desde otra esfera, aquella que los privilegios otorgan, también las grandes familias burguesas asociadas a este desarrollo fabril y comercial, los Heredia, Larios y Loring, sintieron la necesidad de huir del caos de la vida urbana. Ellos podían hacerlo. Apartado del centro de la ciudad, el escaparate de sus actividades profesionales, lejos de los insalubres e inseguros espacios de trabajo, a las afueras, se situaba lo más parecido al Paraíso.

No obstante, la historia de La Concepción es una historia con nombres. La suerte de la hacienda corre paralela a las vidas de sus distintos propietarios y moradores, de ahí que los dos siguientes apartados estén rubricados. Aunque los orígenes del terreno se remontan al siglo XVIII, su transformación en finca de recreo se debe al matrimonio formado por Jorge Loring y Amalia Heredia. García Gómez coteja y analiza pormenorizadamente la dispar información existente sobre esta primera etapa en sus aspectos humanos, así como sus relaciones con la vecina propiedad de San José, a la que estaba unida por lazos familiares. En realidad, su destino corre parejo al de un nombre femenino: Amalia. Mujer excepcional para la época, ella fue el “alma” de la finca, convertida en un proyecto vital compartido con aquéllos (familiares, amigos, empleados) que, de una y otra forma, se sintieron implicados en esta fascinante aventura.

Este irresistible poder de atracción tenía su gran baza en las características paisajísticas del jardín, el verdadero centro de la hacienda. Pero para seguir des-

cubriéndolo, debemos avanzar un paso más en el recorrido sugerido, adentrarnos de lleno en la espesura y dejarnos cautivar hasta el aturdimiento. De hecho, éstos eran algunos de los objetivos de la tradición paisajística inglesa que sirve de base a esta recreación del Paraíso. Lo pintoresco, como una de las cualidades estéticas más recurrentes desde el siglo XVIII, se materializa en nuestro jardín a través de elementos aparentemente reunidos por el azar de la naturaleza. Los senderos caprichosos, las especies vegetales tropicales (que lo hacen único en Europa), el agua de riachuelos, cascadas y estanques, las pequeñas construcciones (puentes, pérgolas, bancos e incluso un templo) y las esculturas semi-ocultas por el follaje, tienen como misión activar la imaginación y provocar sensaciones y sorpresas controladas, despojadas de los peligros de la auténtica selva virgen.

En atención a estos propósitos, reciben un tratamiento específico las dos edificaciones principales de la finca, integradas, igualmente, en el jardín, como elementos pintorescos de mayor entidad. El templo clásico, fruto de la pasión de Amalia por la arqueología, erigido para albergar las colecciones del Museo Loringiano, y la villa, son analizados desde distintas perspectivas, a través del estudio pormenorizado de sus respectivos caracteres arquitectónicos, en relación con el contexto histórico-artístico en el que se insertan. Este enfoque abierto y riguroso permite al autor lanzar sugerentes y ajustadas hipótesis sobre la autoría y significación de las construcciones, que acompaña de valiosas referencias documentales, estéticas y literarias.

Ese *locus amoenus burgués*, respetable y pragmático estaba cargado, no obstante, de connotaciones lúdicas y exóticas. Como lugar de descanso y diversión, espacio para la exaltación

placentera de los sentidos, escenario de aficiones e inquietudes culturales, era el marco incomparable para el ocio, pero también para los negocios. Dos destinos en absoluto reñidos. De hecho, bajo esta doble denominación, *Ocio y negocio: las veladas de la Concepción*, García Gómez describe la dimensión social —que no pública— de la hacienda. Este marco incomparable sedujo a personalidades influyentes e ilustres miembros de casas reales (para los mitómanos, el autor desvela un dato curioso: la visita en 1893 de la Emperatriz Isabel de Austria, más conocida como Sissi), aristócratas y a los políticos más poderosos del momento.

La contrapartida de estas experiencias sensibles intensas es su fugacidad. Y aunque sepamos que quizás es mejor así, existe una manera de contrarrestar esta impresión, o al menos de mitigarla. Los creadores tienen mucha responsabilidad en este sortilegio, casi el mismo que el poder de atracción de La Concepción. Muy bien lo supo el pintor fauvista Francisco Iturrino, al que el jardín sirvió de inspiración creadora tanto como de alivio físico y psicológico. También la pequeña y gran pantalla, seducidas por unos paisajes malagueños que han recorrido el mundo encarnando el papel de paraísos muy alejados de nuestras latitudes.

Artistas debieron sentirse los fotógrafos que de forma anónima inmortalizaron los mejores rincones de la hacienda y a sus gentes. De hecho, muchas de las instantáneas están realizadas con un gran sentido estético y dominio de la técnica. Como protagonistas de la historia, propietarios, familiares e invitados posan con el orgullo de sentirse dueños de un

edén dibujado en sus rostros y sus poses. Y los paisajes aparecen impregnados de las experiencias vitales de los que en ellos habitaron. Testigos del pasado para curiosos del presente. En realidad se trataba de otro juego, porque retratarse, y además ante semejante “decorado” natural, formaba parte de la esencia lúdica de este ambiente. A la vez, sin darse cuenta, o quizás de manera consciente, estaban legando a la posteridad verdaderos documentos gráficos. Un material que a la postre serviría para perpetuar la memoria de sus existencias y vivencias, para mantener vivo el recuerdo en aquellos descendientes que, conservándolas con esmero, han querido generosamente hacernos partícipes. El hechizo de las fotografías es que, pasado el tiempo, continúan ejerciendo un gran poder evocador, por eso resulta muy difícil que el historiador logre sustraerse al encanto. Así ocurre en este caso. Conformando el último gran apartado de la obra, aunque tratadas de forma independiente, las distintas colecciones fotográficas son estudiadas por el autor con la misma riqueza de matices y perfiles que ellas destilan.

Nunca podremos sustituir el estímulo de una fragancia, la incitación del tacto, la revelación de un sonido o el disfrute de un estallido de color, acontecidos en vivo y en directo. Una publicación quizás nunca podrá suplantar estas experiencias de los sentidos, pero de llevarse a cabo, seguro que será mucho más intensa. Es todo un lujo que un libro, además de permitirnos aprender cosas nuevas o recrearnos con sus imágenes, nos invite a intentarlo. Siempre quedarán los testigos del tiempo y las sombras del paraíso para que de vuelta a casa mantengamos intactos los recuerdos.